

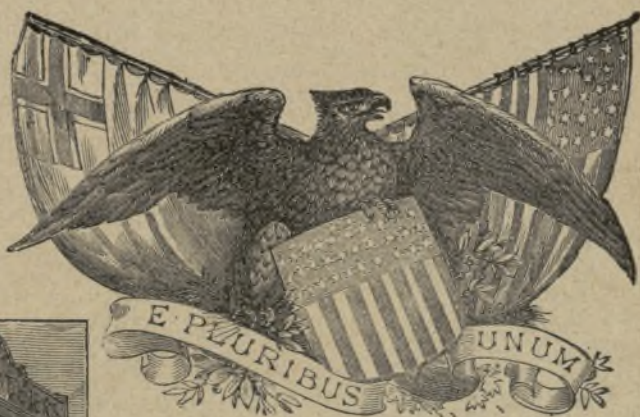
EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

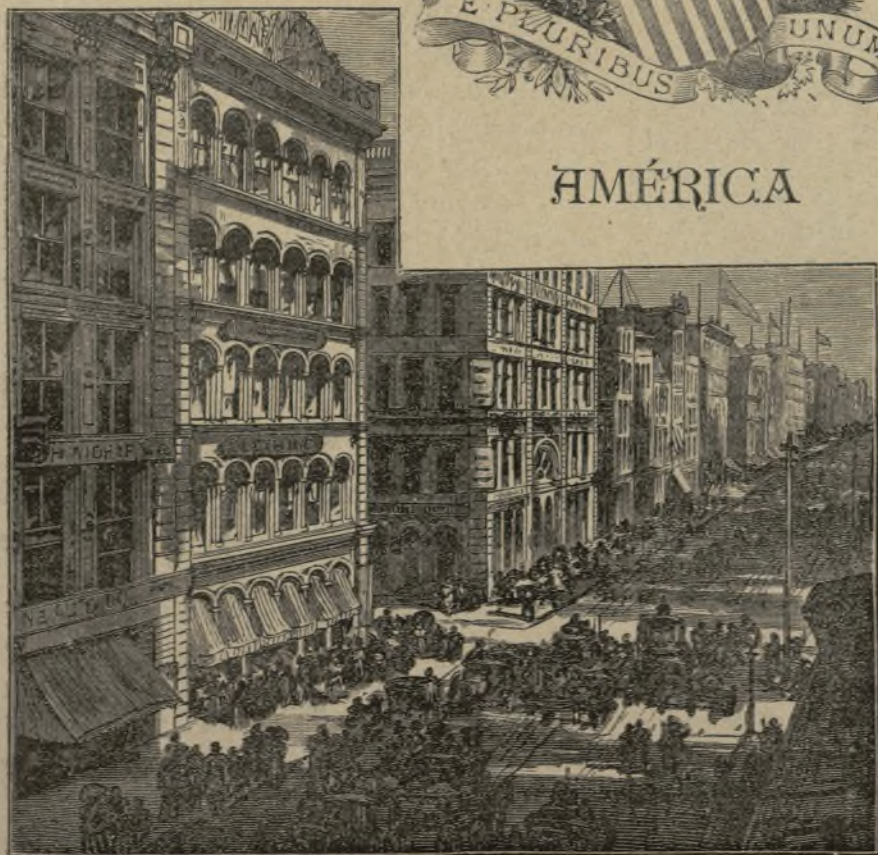
Año III

18 de enero de 1890

Núm. 116



AMÉRICA



NUEVA YORK: CALLE DE BROADWAY

UN RATO DE CHARLA

PARA será la familia que no cuente ó haya contado entre los suyos algún caso de la enfermedad reinante. La epidemia, que al principio se presentó con mucha benignidad, ha acabado por sacar las uñas, si bien las defunciones han ocurrido por punto general en sujetos debilitados por los años ó las dolencias.



Niño americano

No todos, sin embargo, han sido gente cacóquima: ¿cómo no citar á Julián Gayarre, arrebatado en la flor de su vida? Grande ha sido el duelo que ha ocasionado su muerte, y de seguro que habrá de sentirse de cada vez más su falta, por más que no esté en lo imposible el que cualquier día se pueda presentar un nuevo tenor con voz, si no igual á aquella tan dulce, por lo menos un tanto parecida.

Lloremos la muerte del gran artista, y sobre todo la del honrado y generoso navarro que tan elevados pensamientos albergaba en pro de los menesterosos. Aca-
riciaba, según dicen, Gayarre, la idea de fundar en Madrid un hospital que llevase su nombre, y además había, en todo tiempo, socorrido tan secreta como rumbo-
samente muchas miserias y muchas lástimas. Como no es eso cosa muy común, creo que, sin perjuicio de lo que le corresponde como tenor, se le podría levantar una estatua como modelo de caballeros.

Menester es, en efecto, enaltecer en gran manera á esos hombres que prodigan el oro á escondidas, sin que la mano derecha lo sepa de la izquierda: se ha hecho tanto abuso de la beneficencia *reproductiva*, que la beneficencia *abstracta* ha adquirido las proporciones de una virtud sobrenatural.

Por eso consuela tanto el ánimo el espectáculo que está dando el vecindario de Madrid al secundar con caridad conmovedora la nobilísima empresa, acometida por *El Liberal*, *La Época*, *El Globo*, y otros periódicos, de socorrer á los desgraciados proporcionándoles alimen-

to, abrigo y algún dinero. Inmensos son los resultados conseguidos en esta campaña, siendo indudable que, gracias al caritativo pueblo de Madrid y á la prensa, se habrán salvado millares de existencias.

En esas tristes épocas en que la humanidad, olvidándose de sus efímeros triunfos, parece readquirir momentáneamente el alma de la edad media, descuella en primer término la figura del médico. Yo mismo me he reconciliado con mi Galeno (el Lefaucheux de quien os he hablado algunas veces), aunque no podía menos, pues hube de llamarle para que me quitase la *grippe*.

La verdad es que se trata de una *gaita* muy pesada, pareciendo que tenga uno dentro del pecho un acordeón, amén del dolor de cabeza, de la falta de apetito y de aquella tos digna de un vocal del ramo de Clases Pasivas de Ultramar. Pero ¡qué más remedio! hay que pasar por ello, esperando tan sólo en el día feliz de poder salir de nuevo á tomar el sol y no toser.

Después se olvida todo: á la actual preocupación sucede otra, destinada á ser sustituida á su vez. Tuvimos *Torre Eiffel* ocho ó nueve meses; el dengue ha privado ahora uno ó dos; y no habremos de tardar en verle ignominiosamente arrojado del cargo de *principal asunto de todas las conversaciones* para dejar el puesto á algo indudablemente más grato.

Siempre vuestro,



A la escuela

ANTOÑITO

GAYARRE

(Á MI QUERIDO SOBRINO CÉSAR MOLINAS)

ERA uno de estos crudos y rigurosos días de invierno en que los niños dejan de ir á la escuela y los pájaros se quedan sin pan. Nevaba copiosamente, y el frío que se sentía era tan intenso que apenas si trascurría alma viviente por la calle. Cansado de jugar y de aburrirse, á través de los

cristales de un balcón contemplaba Ricardo el hermoso panorama que á su vista se desenvolvía. Nada tan deslumbrante y fantástico á la par como cuanto alcanzaba ver. La nieve, que cada vez caía más abundosa, daba á la ciudad el aspecto de enorme y caprichosa mole de azúcar; la calle semejaba un mar marmóreo en cuya nivea superficie se destacaban como manchas metálicas las últimas hojas que se desprendían de las secas ramas de los árboles; en tanto que en los aleros de los tejados numerosas bandadas de miedosos pájaros, ateridos por el frío y esmaltado por niveas partículas el oscuro plumaje, buscaban afanosos sus nidos, ávidos de descanso y de calor.



Los patines

Bolas de nieve enormes que se desprendían de los altos y al chocar contra el arroyo se deshacían en pequeños copos, perros vagabundos que marchaban huídos, transeúntes que andaban sorteando sus pasos para no dar de bruces contra la fría alfombra, y algún coche fúnebre que marchaba lenta y perezosamente, era cuanto el niño alcanzaba á ver. De pronto, cuando la monotonía de aquel cuadro empezaba á fatigarle, algo extraordinario vino á sorprender nuevamente su atención: por encima de la nieve flotaba algo movable, parecido á un punto de oro que así se borraba como aparecía en la superficie. Espoleado por la curiosidad, y burlando la vigilancia de su familia, bajó á la calle. La vista de la nieve le produjo instantáneo vértigo, sintió impulsos de tumbarse en ella, al mismo tiempo que recelaba de atravesar la acera; pero allí, en medio del arroyo, expirante, moviendo nerviosamente sus alas y exhalando lastimeros píos, destacábase el codiciado punto de oro: un canario medio helado y sin fuerza ya para volar. Movido por bondadosa com-

pasión, Ricardo recogió la aterida avecilla, prodigándole cuidados tan exquisitos que al poco tiempo, al calor de su hogar y encerrado en elegante jaula de dorados alambres colocada próxima á una estufa, el canario revoloteaba infatigable, dejando escapar de su garganta ecos tan arpados y deliciosos que su salvador no vaciló en bautizarle con el expresivo nombre de *Gayarre*, cuadrándole el dictado á maravilla, ya que realmente era aquel canario un *Gayarre* entre los de su clase.

*
**

Todas las mañanas, en cuanto se levantaba, antes de desayunarse y dar el último repaso á sus lecciones, el primer cuidado de Ricardo era ver qué tal estaba *Gayarre*, y, en tanto le cambiaba el agua y arreglaba el alpiste, niño y pájaro sostenían á su manera la más amistosa y entretenida charla; y, á juzgar por lo que solía prolongarse, adivinábase que ambos se comprendían perfectamente. Así debía ser, ya que á las risas de Ricardo correspondían siempre los más animados gorjeos de la avecilla, á sus quejas y reconvenciones los *píos* más tristes y lastimeros. Sin embargo, un incidente tan imprevisto como desagradable vino un día á desmentir la solidez de tales amistades. Ocurrió una mañana que, al ir á cambiar Ricardo el agua del recipiente que la contenía, ó por distracción ó por sobra de confianza, dejó abierta la puertecilla de la jaula, siendo extraordinaria su sorpresa cuando, al ir á dar por terminada su cotidiana tarea, observó que *Gayarre* había abandonado la jaula. La ventana de la habitación estaba abierta, y el niño pudo contemplar cómo su ingrato amigo, describiendo con sus doradas alas giros y círculos en la gris inmensidad, se alejaba de su vista burlando sus cuidados, insensible á sus llamamientos y pagando con la ingratitud más negra su desinterés, su cariño y su abnegación para salvarle un día de una muerte tan fiera como segura.



Primeras lecciones de patinar

*
**

Era él muy aplicado y estudioso: sabíase siempre las lecciones al dedillo; pero aquel día apenas si daba pie con bola, si acertaba á contestar á las preguntas que sus profesores le dirigían. *Gayarre* aleteaba incesante dentro de su pensamiento: su recuerdo y su ingratitud no le dejaban en paz.—¿Por dónde volará?—pensaba el adorable niño.—¡Con este día, sabe Dios lo que será de él!—Efectivamente, el día era de los más tristes de invierno: llovía copiosamente y el cielo estaba completamente gris, circunstancia que aumentaba la profun-

da aflicción que sentía Ricardo. A medida que el mal tiempo iba acentuándose, crecía la pena del pobre niño; y es que, encerrada en su pequeño cuerpo, moraba un alma muy grande y generosa, y ante la idea de que su inconstante amigo podía perecer de hambre ó de frío, sentía congojas más tristes y dolorosas que las que le ocasionaba su evidente ingratitud.

Aquel día apenas si probó bocado, dejó de entregarse á sus habituales juegos, y, abrumado por inexplicable malestar, se recogió mucho antes de lo que tenía por costumbre. Rezó sus oraciones, y, antes de entregarse al sueño, sus labios articularon:—¡Pobre *Gayarre*!—Luego llevó el embozo de la sábana á



Tiro de patinadores

sus ojos, secó una lágrima, ahogó en sus labios un doloroso suspiro que partía de lo más hondo de su pecho, y, pensando en Dios, en los ángeles y en su fugitivo, logró conciliar el sueño.

* *

Realmente había cometido la más insigne de las tonterías abandonando su encierro. Esto se decía *Gayarre* para su plumaje apenas vió que sus alas, semejantes á flechas de plomo, se negaban á obedecerle. Sin rumbo ni vuelo fijó vagó errante largo tiempo, refugiándose al fin en la alta copa de un árbol que parecía brindarle abrigo. De allí le arrojaron á picotazos varios vencejos que, considerándole un intruso, temieron que se apoderase de su nido. Buscó amparo en el piso de una azotea, y un enorme gato le infirió dolorosa herida. Extenuado y sangrando, volvió sus ojos hacia la ventana de su amigo, intentó salvar el espacio; pero falto de fuerzas y agilidad, cayó sin vida en medio de un charco helado, como flor de oro y grana en un sudario de cristal. Yo no sé si los pájaros tienen la facultad de discurrir. Si es así, indudablemente el último pensamiento y el último gorjeo de *Gayarre* debió dedicarse á Ricardo: tanto duelo expresaban sus velados ojos, tan conmovedora nota brotó de su postrera exhalación.

ANTONIA OPISSO

31 diciembre 1889.

EL AMOR Á LO BELLO COMO MEDIO DE SER BUENOS

I



NTE todo discurremos un poco acerca de lo que se entiende por *bello*.

Continuamente oiréis hablar, mis queridos lectores, de la *belleza*, palabra que vosotros emplearéis á menudo y con la que sucede á veces que queriéndose decir mucho no se dice nada. Pero sea de esto lo que fuere, es el caso que, si á continuación de aplicar vosotros mismos dicha palabra os preguntase alguien «qué es la Belleza,» os quedaríais perplejos sin saber qué responder; lo cual sucede no sólo á los niños, sino á la inmensa mayoría de las personas mayores. Todos hablan de Belleza, y son poquitos los que saben decir lo que es; y, de los que lo dicen, cada cual lo expresa á su manera, de un modo distinto, y, por lo general, no muy claro.

Y es que la Belleza es de las cosas que se sienten más que se explican, por lo que definirla se hace casi imposible, al menos en términos satisfactorios: hay en ella algo de inefable (esto es, que no puede explicarse con palabras) que se resiste á encerrarse en los moldes estrechos de una definición.

Pero debemos decir á nuestros pequeños lectores algo que les ponga en camino de saber, al menos, á qué se refiere la Belleza; y para ello lo mejor y más sencillo será que nos fijemos en los efectos que la contemplación de ella produce en el ánimo.

Cuando contemplamos algo de lo que decimos que es bonito, hermoso ó bello, por ejemplo un paisaje, una estatua, un edificio, un cuadro, una estampa ó una flor, nos sentimos conmovidos agradablemente, emocionados y como atraídos por el objeto que contemplamos, al que nos dirigimos sin otro interés que el de recrearnos con él, de gozar con su contemplación.

Por este solo motivo os gusta ver los grandes espectáculos que ofrece la Naturaleza, ciertas comedias, las vistas estereoscópicas, las pinturas, las estampas y las flores, y por lo mismo gustáis también de oír buenas piezas de música y de leer ó que os lean cuentos, poesías y otras cosas por el estilo. Todo esto os deleita, os emociona placenteramente, y queréis disfrutar de ello, no porque tenga más ó menos valor material ni os sirva para esto ó lo otro, sino desinteresadamente, sólo porque os agrada, porque es bonito, hermoso ó bello.

Podemos, pues, decir que lo *bello* es lo que en formas sensibles causa en nuestro ánimo una emoción agradable, pura y desinteresada, y que por ello nos atrae y como que nos cautiva.



Un accidente

II

Si lo bello despierta en quien lo contempla, como hemos visto, sentimientos puros y desinteresados, la razón declara que encierra en sí algo de bueno, y hay que convenir en que dijo una verdad de á folio el filósofo que afirmó que *lo bello es símbolo del bien*, y no sólo el «resplandor de lo verdadero,» como diz que lo definió uno de los más sabios entre los sabios de Grecia.

Para comprenderlo así, precisa tener en cuenta que lo bello va como ligado á la idea de perfección que siempre despierta en nosotros; pues mientras



Patines con ruedas

más bella es una cosa, mejor, más perfecta nos parece. La perfección, por su parte, quiere decir que las cosas ó los hombres son lo que deben ser, lo que á su vez entraña la idea del bien ó de la bondad.

Por ello, y sobre todo por la pureza y el desinterés que despierta, se ha dicho y se repite diariamente que el alma se eleva al bien (á lo bueno) por lo bello, y que las grandes virtudes nacen del sentimiento de la Belleza, la cual es, por lo menos, como exquisita fragancia que exhala la bondad, hacia la que nos arrastra, despertando en nosotros la aspiración á goces apacibles é inefables.

Belleza y bondad son, pues, como dos hermanas gemelas, al punto de que con frecuencia tomamos la una por la otra. Y, si no, recordemos lo que sucede en el trato diario, en la conversación de todos los días.

Hablando de alguna persona es corriente decir que tiene muy bello carácter, un hermoso corazón, que ha realizado una acción bella, y así por el estilo; con lo que en puridad quiere denotarse que la persona á quien nos referimos está dotada de un carácter bueno, tiene buenos sentimientos y la acción que en ella celebramos es buena ó moral. Se ve, pues, por estos ejemplos, de que todos podemos dar testimonio, que lo bello se toma por lo bue-

no, y que para significar la bondad de una persona ó de una acción nos valemos de la palabra *belleza*.

De hermosas ó muy bellas califican, y con razón, las personas cultas, y hasta las ignorantes, las acciones que realizan, verbigracia, los niños que espontáneamente, de buena gana, se privan de su merienda por dársela á un pobre que no ha comido y les pide una limosna por el amor de Dios; los intrépidos obreros que sin parar mientes en el furor de las llamas se exponen á perder la vida por salvar del voraz incendio la de un niño que tranquilo duerme en su cuna, inocente del peligro que le amenaza; los sabios que por amor á la ciencia y á la humanidad no titubean en atravesar los abrasadores desiertos de



El trineo

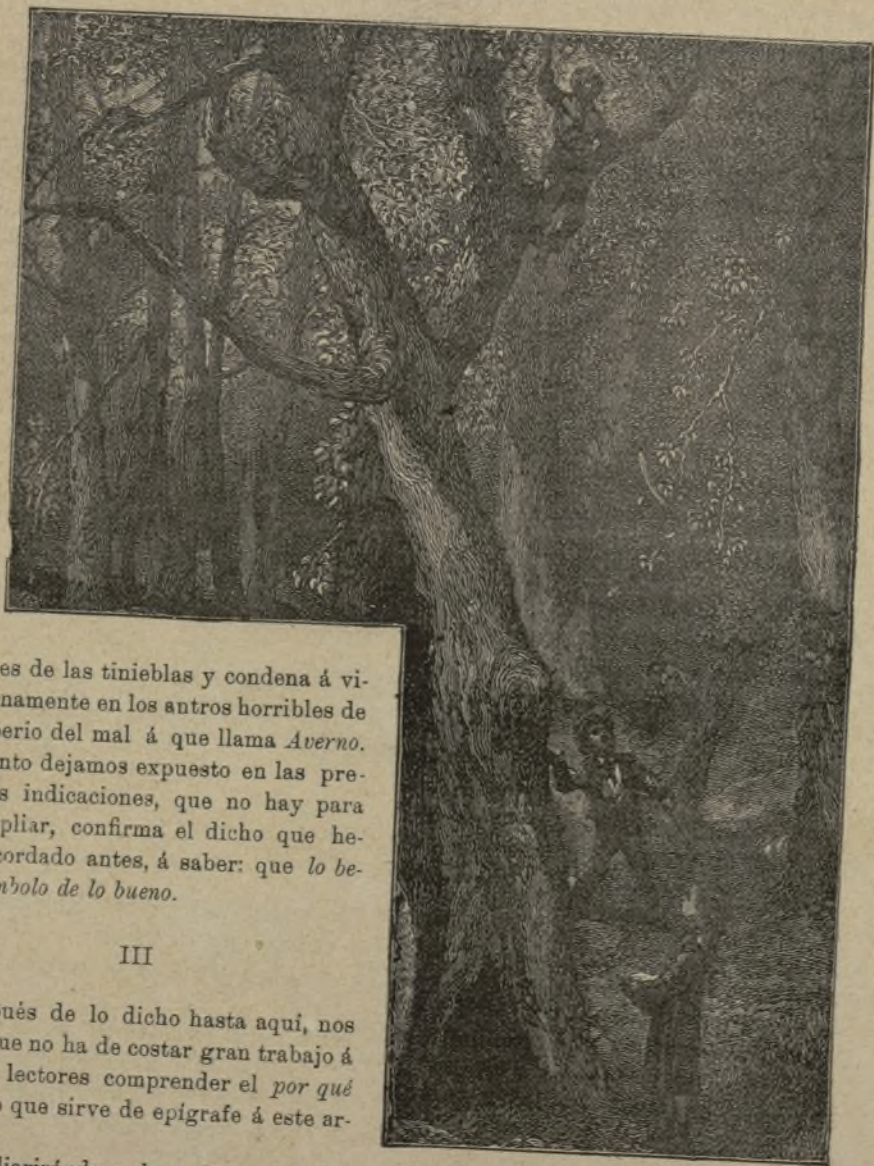
comarcas inhospitalarias y en exponerse á ser víctimas de los rigores del clima y de la salvaje ferocidad de los indígenas; los misioneros, en fin, que se deciden á perderlo todo (hogar, patria, bienes de fortuna, y hasta la existencia, que tan cara nos es) por difundir la verdad y hacer prosélitos para sus creencias.

Todos estos y otros actos de abnegación, que constituyen otras tantas virtudes, se elogian diciendo que son muy hermosos, muy bellos, como se dice asimismo que nada hay más bello que la virtud, que es considerada como la belleza moral del hombre. Así, se afirma, por ejemplo, que nada embellece tanto á las personas, especialmente á las mujeres y los niños, como la virtud de la modestia.

Por el contrario, las acciones malas é indecorosas, las que son manifestaciones del vicio, se aprecian por todo el mundo como *feas* y, como tales, repugnantes. Nada hay más feo, se dice, que la envidia, los celos, la cólera, el orgullo, la vanidad, el vicio, en una palabra. La belleza moral se halla reñida por completo con el vicio, como la luz con las sombras.

La Religión, la Filosofía y el Arte han personificado siempre las virtudes en formas de

hombres y mujeres resplandecientes de belleza (como las estatuas de la Fe, la Esperanza, la Caridad y la Justicia, por ejemplo), y los vicios en esos desdichados y fementidos seres (diablos y demonios) de subida y repugnante fealdad que el Catolicismo considera como



príncipes de las tinieblas y condena á vivir eternamente en los antros horribles de ese imperio del mal á que llama *Averno*.

Cuanto dejamos expuesto en las precedentes indicaciones, que no hay para qué ampliar, confirma el dicho que hemos recordado antes, á saber: que *lo bello es símbolo de lo bueno*.

III

Después de lo dicho hasta aquí, nos parece que no ha de costar gran trabajo á nuestros lectores comprender el *por qué* del título que sirve de epígrafe á este artículo.

Familiarizándose los niños con las manifestaciones de lo bello, gustándolas y sintiéndolas, por fuerza que sentirán impregnado el corazón por los efluvios de pureza y desinterés que emanan de la belleza.

Amar lo bello sólo porque lo es, equivale á rendir culto á lo armonioso, á lo ordenado, á lo bueno; en suma, que por algo se dice que está en la naturaleza de las cosas que el

En el bosque

culto de lo bello se halle asociado en una misma alma al del bien ó la bondad. No se olvide, por otra parte, que el amor á lo bello depura y ennoblece, en quien de él se halla poseído, á la vez que el sentimiento todo, la inteligencia y la voluntad, por lo que constituye como la efflorescencia más delicada y la fragancia más suave de un alma bien sentida, de un espíritu bien educado.

Acostumbrarse á contemplar lo bello, á buscarlo y á amarlo, conduce á hacernos insoportable lo feo, y, por lo tanto, aborrecible el vicio, por el que se realiza y expresa la más menguada de las fealdades: la fealdad del alma.

Connaturalizarse con lo bello es, además de un medio de dulcificar las propias costumbres y con ellas los instintos y los sentimientos, que pierden en grosería lo que ganan en delicadeza, el medio más adecuado para adquirir la finura de gusto, la corrección en el obrar, la elegancia de movimientos y el respeto á sí mismo y á los demás por que se distinguen las personas de buena educación.

Tened, por otra parte, en cuenta, mis queridos lectores, que las personas que se aficionan á saborear los dulces y apacibles deleites que proporciona la contemplación de lo bello (cuando se sabe sentirlo y de veras es amado, se entiende), experimentan invencible desvío y señalada repugnancia hacia las distracciones obscenas, los pasatiempos groseros, los juegos inmorales, y cuanto como esto contribuye á pervertir el buen gusto, los sentimientos elevados y á degradar al hombre, pues con todo ello es incompatible la delicadeza y la altura de miras que infunde al hombre vivir en íntimas relaciones con la Belleza.

¿Comprenderéis ahora, mis pequeños lectores, por qué el amor á lo bello es un medio de ser buenos?

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA



LOS NIÑOS DE AMÉRICA

Hé aquí un retrato que representa el tipo de los niños en América, de los cuales no hay poco que decir. En primer lugar sépase que allí no se les permite usar gorritas, como en otros países, pues las madres aseguran que es más sano para ellos llevar la cabeza descubierta. Sus ropas y el modo

de vestir se asemejan á los de los niños ingleses, con lo cual dicho se está que no van oprimidos y como empaquetados, según se observa en los niños alemanes; de modo que se les deja del todo libres los movimientos de piernas y brazos. Debemos suponer que esta es la mejor manera de vestir á los niños, y una prueba de ello es que las mujeres de la Europa continental que van á establecerse en aquel país adoptan la misma costumbre para sus hijos. Algunas madres americanas, sin embargo, es decir, las que son ricas, cubren á veces las cabezas de sus niños con gorritas adornadas de puntillas y bordados; pero la gran mayoría no las usa.

Para divertir á los niños de América se han inventado muchos juguetes raros. Uno de ellos es el *saltador*, muy conocido en todos los países que disfrutan de los beneficios de la civilización, pero



Asando maíz

cuyo uso no es en ninguna parte tan frecuente como en aquel país. En su primitiva forma componíase tan sólo de un cinto con su hebilla y dos fajas de goma fijas en el mismo, que se pasaban por fuertes anillas de hierro empotradas en el techo. El niño se coloca á la exacta distancia del suelo que le permita tocar éste con los pies á veces, las fajas de goma se extienden y contraen por el peso del cuerpo, y de este modo prodúcese un movimiento que agrada ó divierte al niño. En principio el saltador es ahora lo que era cuando se inventó; pero en esta época de perfeccionamientos era natural que se introdujeran algunas alteraciones.

El niño no se suspende ya de un simple cinto, sino que éste se halla provisto de unas agarraderas de metal, y hay también una sillita para que el niño pueda sentarse cómodamente mientras se columpia.

Los juguetes son de primera importancia para el niño en América, y á cada paso se encuentran en Nueva York vendedores ambulantes que los expenden, sobre todo en la calle de Broadway, donde hay también muchas floristas.

He visitado muchos países, y no creo que en ninguno se abandone tan pronto á los niños como en América para que cuiden de sí propios. La nodriza ó la madre los amamantan menos tiempo que en Inglaterra ó Francia, y no se les deja servirse tanto de la cuna: allí hay unos balancines muy bien contruidos, que á la vez pueden servir para las madres y para sus hijos.

Los niños de América no tienen, por regla general, muchos hermanos. Hay pocas familias en que se cuenten siete, ocho ó nueve hijos; uno ó dos es la regla; tres ó cuatro la excepción; y hé aquí por qué hay peligro de que sus padres los mimen en demasía.

La vida escolar comienza allí muy pronto. El sistema de escuelas de distrito es el orgullo de los americanos; y es muy grato pensar que no hay allí familia, por pobre que sea, que no pueda educar bien á sus hijos sin gasto alguno. Las casas escuelas son muy grandes, y hasta en los pueblos pequeños el edificio es siempre muy espacioso. En esos establecimientos se instruye muy bien á los niños, y hasta se les enseña el alemán cuando tienen suficiente edad para aprenderlo. Algunos padres no quieren que sus hijos vayan á las escuelas públicas para que no alternen con los de los pobres; pero puede

enviarlos á los institutos particulares, á los seminarios y academias, que allí abundan también para ambos sexos.

Los juegos de los niños americanos difieren mucho de los que tienen en otros países, porque el clima es muy distinto. Allí el invierno se prolonga mucho y reinan rigurosos fríos. La nieve cubre la tierra durante meses y meses sin derretirse, y hasta el más pequeño torrente ó arroyo están helados. Casi se puede asegurar que no hay un solo chico en los Estados del Norte de



Las calabazas

América que no sea un buen patinador, y las niñas no les van mucho en zaga, debiéndose á la continua práctica. Los patines con ruedas son de un uso general, especialmente para los niños, que se sirven de ellos en el verano, pues á falta de hielo utilizanse del asfalto. Varios individuos se cogen de una cuerda y deslízanse sobre la tersa superficie (véase el grabado). Con frecuencia se da el caso de que alguna niña, á pesar de su aplomo, rueda por el suelo. En Nueva York la plaza de Madison es el lugar preferido en verano para correr patines con ruedas.

Además de los patines el niño americano aprecia en mucho su trineo, con el cual agrádale deslizarse por la pendiente de una colina; pero si cuando hace esto tropieza con algún obstáculo, podría ocurrir un desgraciado accidente. Este ejercicio tiene el inconveniente de que para subir se ha de tirar del vehículo, franqueando la cuesta á pie.

En América el calor es muy ardiente. Al comenzar la primavera, los niños se van ya al bosque, y en las escuelas organizanse excursiones muy agrada-

bles, á la vez que instructivas hasta cierto punto. Muchos chicos entretiénesen en coger el *maíz indio*, y después de asarlo se lo comen, saboreándolo con delicia (véase el grabado). Otros muchachos buscan una especie de calabazas redondas, bastante grandes; las vacían interiormente, y practican unos agujeros que simulan los ojos, la nariz y la boca de un ser humano, como se indica en el grabado.

Los chicos de América son muy libres é independientes, y poco amigos de estarse en su casa. Apenas tienen una hora libre, corren al bosque, trepan á los árboles, buscan nidos de pájaros: así es que pronto adquieren mucha agilidad, al paso que sus fuerzas se desarrollan en alto grado.

Los americanos son muy amantes de la lectura desde que están en la escuela. Apenas pueden, agrádales mucho estudiar la historia de los grandes hombres, y cuando llegan á la edad viril su mayor ambición es hacer méritos para que se les elija algún día presidentes de los Estados Unidos, pues sabido es que algunos, perteneciendo á la clase más humilde, obtuvieron tan elevado cargo por sus merecimientos.



Fiesta del 4 de Julio

Dos fiestas anuales hay en que los niños americanos, así como también los adultos, se divierten muchísimo. Estas dos festividades se celebran: una el 4 de julio en conmemoración de haberse declarado en igual fecha de 1776 la separación de los Estados Unidos de la Gran Bretaña, habiéndose proclamado aquéllos libres, y por eso se llamó *Día de la Independencia*; la otra fiesta, celebrada más particularmente en Nueva Inglaterra, es el *Día de Acción de Gracias*, y se verifica el último miércoles del mes de noviembre. También se

le da el nombre de *Fiesta de los Tabernáculos*, y es esencialmente casera.

Los niños americanos son tal vez aquellos á quienes más se mimaba mientras son pequeños; pero, con raras excepciones, son también los que antes dejan de recibir caricias. Después de salir de la escuela, muy pronto llega el día en que el joven ciudadano debe mirar por sí en su lucha por la existencia.



MUSICA ME JUVAT Ó DELECTAT

(Continuación)

EN LA ANTESALA

Calle Blanche.—El señor Galopskowitz, profesor de piano, se ejercita

El ama (á la cocinera, que adora la música). — Sobre todo no se deje V. ver. Por nada de este mundo quisiera que el señor supiese que está V. ahí.

La cocinera.—Tranquílcese V.: será cuestión de un segundo. No he visto tocar nunca el piano: ya comprende V. mi curiosidad.

La cocinera, después de un instante de examen y de audición, estalla en unas risotadas tan fuertes y largas que su amo se levanta á ver qué es.

—¿Qué hace V. aquí, Sra. Jacoba?

—Le escuchaba á V., señor.

—Y ¿por qué se reía V.?

—Pues... perdone V., pero no podía más. ¿De veras enseña V. á la gente á tocar el piano como lo estaba V. tocando ahora?

—De veras, sí. ¿Por qué?

—¿Y con eso se gana V. la vida?

—¿A dónde va V. á parar?

—¡ Oh ! ¡ Nada, nada ! Pero de todas maneras hay que reconocer que hay unos oficios bien tontos.

CUADRO DE INTERIOR.—ESCUELA FRANCESA

Bulevard de Estrasburgo (esquina á la calle de Rivoli). — Acaban de levantarse de la mesa. Los convidados se agrupan en el salón. Circula el café. Dos caballeros aficionados á la música se juntan. Entre una taza de Moka y una copita de Chartreuse, entablan la conversación siguiente:

—¿No se ha mudado V. de casa, Sr. B...?

—Sí, señor. Me he acercado al centro de mis negocios. Nos hemos trasladado á la calle de L' Egout Saint-Germain. Confieso que no puedo decidirme á abandonar el noble arrabal, como suele decirse.

—¿Está V. alojado en grande?

—¡Hum! ¡Hum! En grande no es precisamente la palabra. Lo estábamos antes del capricho de mi mujer, pero ahora nos encontramos un poco estrechos.

—Y ¿cómo es eso?

—Se lo voy á decir á V. Las dos chicas estudian el piano. Yo soy quien lo ha querido; porque, ya ve V., con el piano se encuentra siempre manera de hacerse útil y agradable á la sociedad. Pero mi mujer detesta la música, y he ahí la desgracia. Se ha dicho: «—Las chicas estudian una hora cada una, lo cual hace dos horas: si estudiasen juntas acabarían antes.»

—En efecto.

—Como yo no tenía la menor intención de comprar un segundo piano, las hacía estudiar en el mismo: mientras la una hace sus escalas en los bajos, la otra hace sus ejercicios en los altos.

—¡Cáspita! ¿Y eso no le ataca á V. ligeramente los nervios?

—No le negaré á V. que me costó un poco elirme acostumbrando; pero un día fui al Conservatorio...

—¿Al concierto?

—¡No! ¡Dios me libre! ¡No me gusta aquella música! No: fui á hablarle al administrador respecto á un pedido de leña y de carbón de cok. ¿Sabe V.?

—¡Oh! Sí, señor. Continúe V.

—Pues bien: metían allí el mismo ruido que en mi casa... ¡Y vengan pianos! ¡Y vengan violines! ¡Y flautas y clarinetes!... No he creído deber mostrarme más difícil que el Conservatorio.

—¿Y después?

(Se concluirá)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinar: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA